

ENTREVISTA

Burke: ir en peregrinaje para fortalecer la fe

ECCLESIA

21_01_2020

**Patricia
Gooding-
Williams**



“Las peregrinaciones nos acercan a nuestra fe y, por lo tanto, nos traen la verdadera paz. No ir a una peregrinación significa perder el contacto con nuestra salvación”. El cardenal Raymond L. Burke habla con la *Brújula Cotidiana* (versión en español de *La Nuova Bussola Quotidiana*) al final de una peregrinación de 8 días que condujo en Tierra Santa. Compartió sus pensamientos y algunas reflexiones personales sobre la

importancia de las peregrinaciones, que se han convertido en una parte importante de la tradición católica desde el siglo IV, cuando los cristianos comenzaron a viajar a los diferentes lugares donde había tenido lugar la vida de Jesús o sobre las tumbas de los mártires y santos.

Cardenal Burke, muchos testifican que la peregrinación a Tierra Santa es un punto de inflexión, ¿por qué?

Porque la Tierra Santa es la madre de todas las peregrinaciones, que son la forma más antigua de devoción. Ir a una peregrinación es una experiencia de sorpresa espiritual. En Tierra Santa encontramos el fundamento de nuestra fe, visitando los lugares donde ocurrieron los milagros, los lugares en donde el Señor realizó su ministerio público. Los lugares donde vivió, murió, resucitó de los muertos y en donde tuvo lugar la institución de los sacramentos; poniendo humildemente tu paso en donde el Hijo de Dios ha colocado el suyo, no solo aumenta la conciencia de los eventos de su vida, sino sobre todo el Misterio de su presencia permanente en la tierra. Nuestros corazones anhelan ese misterio y, sobre todo, la paz y la certeza que proviene del esfuerzo de buscar a Dios en forma de peregrinación.

¿Cuál es el papel especial de una peregrinación en esta búsqueda de Cristo?

Recuerdo con afecto la peregrinación anual a la que asistía de niño con mi familia todos los veranos en Wisconsin. Un sacerdote de la diócesis de mi casa había creado un santuario dedicado a María y la Pasión de Nuestro Señor. Ir en peregrinación al santuario profundizó mi fe y aumentó mi asombro ante los misterios de nuestra fe y de los sacramentos. Los lugares sagrados de las peregrinaciones nos dan paz y fortalecen nuestra confianza en Dios. Seguimos el ejemplo de Jesús, que iba en peregrinaje a Jerusalén todos los años. Debemos redescubrir esta antigua forma de devoción que nos acerca a nuestra fe y nos trae la verdadera paz. No ir en peregrinación significa perder el contacto con nuestra salvación.

Sin embargo, parece una conciencia que se está perdiendo. Los operadores turísticos se quejan por la caída en el número de peregrinos que visitan los lugares sagrados.

El hecho de que menos personas peregrinen es un signo visible de la secularización que ha afectado a la sociedad y a la Iglesia. Jesús presentó la verdad a hombres y mujeres, su relación con Él. Juan el Bautista representa la resistencia de la verdad al poder. Debemos seguir su ejemplo. Según una lógica mundana, las relaciones se perciben exclusivamente en términos humanos con el propósito de construir una sociedad justa. Si dejamos de vivir nuestra fe, se convierte sólo en una idea, ya no es una relación con el

Señor vivo. En consecuencia, no hay atracción para ir a lugares sagrados. La división y el cisma son signos de la necesidad de conversión, que está inspirada y favorecida por la peregrinación.

Ser cristiano significa ser un signo de contradicción como lo fue Cristo. Sin embargo, esta contradicción a menudo se percibe como contradictoria de la unidad de la Iglesia y la causa de la división. ¿Cómo preservamos la unidad de la Iglesia siendo un signo de contradicción?

Esta percepción es el producto de la secularización en la Iglesia, que por lo tanto se ve como un cuerpo político dividido en campos. San Pablo se lamentaba de la división en la Iglesia de Corinto cuando los grupos se identificaban con diferentes líderes religiosos de la época, la comunidad no se consideraba una sola Iglesia. Puedes enfrentar la división sólo dando testimonio de la verdad, enfocándote en vivir la verdad de nuestra fe y testimoniándola. De esta manera, seremos acusados de causar división, pero debemos aceptar este sufrimiento por Cristo. San Pablo, en la Carta a los Colosenses, expresó su alegría al sufrir con y por Cristo. Defender la fe no es ser un enemigo de la Iglesia o del Papa. Nuestra fe comienza con nuestra relación con Cristo y nuestra obediencia a Él. Cada miembro del cuerpo místico de Cristo, comenzando por el Papa, debe ser obediente a Cristo, el jefe del Cuerpo. Todos somos miembros vivos del Cuerpo de Cristo. Sabemos que Cristo, no nuestra opinión, es la verdad. Debemos dejar de doblegar la verdad a las ideas políticas. Si la Iglesia se dedica a construir una sociedad de justicia humana solamente, entonces ella ha cerrado su alma a la justicia y al perdón de Dios.

Podríamos llamar a este momento en la Iglesia una nueva hora de agonía en Getsemaní. ¿Cómo podemos estar más dispuestos a cargar la cruz?

No existe un modo humano de aceptar la cruz. Esto solo es posible a través de la oración, la penitencia y el ayuno en el nombre de Cristo. Cristo llamó a sus discípulos a mirar y orar para no caer en la tentación. Cada persona de acuerdo con su propia vocación y dones particulares está llamada a caminar con y en Cristo hasta su regreso y su nuevo reino. Sabemos por experiencia en nuestra familia y en nuestro trabajo que a veces prevalece un espíritu mundano, no el de Cristo. La Iglesia siempre ha enfrentado desafíos, pero todos tenemos la responsabilidad de cargar la cruz para construir el reino de Dios.

Todavía sobre el tema del regreso de Cristo, Don Bosco profetizó que la victoria futura de Cristo se logrará con el Inmaculado Corazón de María y la Sagrada Eucaristía. María y Cristo juntos.

El gran misterio de la Encarnación esencialmente involucra la Divina Maternidad de

María. San Pablo dice que ella estaba predestinada a participar en la salvación a través de su maternidad. Cristo vino como hombre, pero permaneció divino, la segunda persona de la Santísima Trinidad. Dios tuvo que preparar el tabernáculo adecuado para la concepción y el nacimiento de su Hijo unigénito. María concebida sin pecado fue elegida para ser el tabernáculo. Ella sigue siendo el canal a través del cual la gracia de Cristo alcanza nuestras almas. Cristo, muriendo en la cruz, nos dio a su Madre como nuestra Madre en la Iglesia.